

## CAPÍTULO I

Junio 2020

No sólo le pareció que el sol brillaba de una manera espectacular aquel día. También cada edificio, cada terraza, cada ser humano con el que se cruzaba... hasta el mínimo detalle de todo lo que sus ojos alcanzaban a ver, había cobrado una nueva luz para ella.

La fase tres de la desescalada había llegado por fin, y Elena sonreía exultante mientras contemplaba maravillada la abrumadora fuerza de las olas estrellándose contra las rocas bajo el malecón. Caminaba por el paseo de la playa de Las Canteras junto a las dos personas más importantes de su vida y aunque lo intentó, no logró recordar la última vez que se había sentido tan feliz y agradecida. Romeo, con la vitalidad arrolladora de sus nueve años recién cumplidos, les apresuraba para bajar a la arena. Después de haber pasado casi tres meses encerrado se le hacía muy difícil controlarse para no echar a correr, y una vez más volvía a olvidarse de lo que sus padres le habían recalcado antes de salir de casa: Por su propia seguridad y la de los demás, tenía que mantener la distancia de seguridad.

Elena agradecía en silencio poder escuchar el llanto de un bebé a lo lejos, contemplar el alegre bullicio de las terrazas, contagiarse de las carcajadas de unos jóvenes que caminaban tras ellos... detalles que probablemente meses atrás le habrían pasado desapercibidos y que en aquel momento la emocionaban profundamente, al ver que la vida comenzaba a retomar su curso natural por fin. Pero lo que más agradecía, lo que más la colmaba en aquel plácido y emotivo paseo familiar, era volver a ver el brillo de la ilusión en los ojos de su hijo.

\_¡Vamos, mamá! ¡Venga papá, a ver quién llega antes a la orilla!

\_Espera Romeo, acuérdate de la distancia. ¡No vayas tan rápido, cariño! \_, le recordó.

\_Creo que nos va a costar hacerle comprender la importancia de las nuevas normas\_, Javier chasqueó los dientes con gesto pensativo mientras le observaba corriendo por las escaleras que conducían a la arena.

\_Sí, para él todo esto es mucho más complicado\_, le respondió\_. Lo acabará pillando, ya le conoces...\_, intentó tranquilizarle, sonriéndole y apretando su cintura mientras esperaban en la cola para poder acceder a las escaleras.

\_¡Venga papá, vamos al agua. Me prometiste que te bañarías conmigo nada más llegar a la playa!

\_Dame tiempo para quitarme la ropa, don prisas\_, se reía mientras se quitaba los pantalones,

contagiándose de su alegría desbordante.

\_¿Ya estás? ¡Venga, al agua patoos!\_, Romeo agarró con fuerza su mano y sin darle tiempo a besar a Elena lo llevaba corriendo hacia el mar, entre brincos y gritos de pura felicidad\_. ¡Allá vamooooos!

\_Cariño, la mascarilla. No te irás a bañar con ella, ¿verdad?\_, Elena reía al ver su exaltación.

\_Ay, es verdad, qué cabeza la mía. ¡Toma!\_, la lanzó volando, obligándola a estirarse todo lo que pudo para evitar que cayera a la arena.

Les contemplaba sentada en su toalla, disfrutando de los rayos de sol que acariciaban su cuerpo entero. Desde el balcón de su casa había podido aprovechar el confinamiento para tomar un rato de sol cada día, pero no se podía comparar con esto. El estruendo de las olas rompiendo en la orilla, el azul diáfano del cielo fundiéndose con el horizonte, la arena suave y cálida deslizándose entre sus dedos...de pronto se dio cuenta de que desde que habían salido de casa hacía dos horas ya, estaba imbuida en un estado de consciencia muy diferente al habitual. El presente la había atrapado por completo y en su mente no había lugar para los pensamientos recurrentes de “después tengo que hacer tal cosa”, o “mañana tengo no sé qué”. Aquí y ahora, y la gratitud que sentía por haber recuperado por fin la vida, eran las únicas cosas reales para ella en aquel instante maravilloso.

Recordó las innumerables veces que había trabajado con sus pacientes los ejercicios de la respiración consciente para aprender a quedarse en el presente, y cómo ella misma a lo largo de los años había adquirido una capacidad importante para lograrlo gran parte del tiempo, pero el confinamiento había hecho mella en ella. Aunque durante aquellos meses había trabajado online y había atendido a bastantes pacientes, no había sido lo mismo. Ella era más de contacto humano, de levantarse de pronto para abrazar a un paciente que acababa de tener una revelación o de apretar su mano en un momento de catarsis emocional, y tras la pantalla de un ordenador no había podido conectar como le gustaba, ni con sus pacientes, ni con ella misma.

*Todo se va a ir recolocando poco a poco*, se dijo sonriendo. *Esto es sólo el comienzo*, respiró cerrando los ojos, agradecida.

Los chicos seguían en el agua y mirando a Javier jugando igual que un niño, salpicando y lanzando entre risas a Romeo por los aires, una vez más sintió una inmensa

gratitud por tener a un hombre como él como compañero de vida. Se habían conocido trece años atrás, en el viaje de fin de carrera organizado por la Universidad. Él había estudiado Educación Física y ella Psicología, y Javier se había apuntado al viaje a Londres con los de Psicología por una cancelación de última hora del viaje de su facultad. Le gustó nada más verle. Alto, atlético, de pelo moreno y rizado, no se podía decir que era el típico guaperas, pero le resultó irresistiblemente atractivo en cuanto le escuchó hablar. Con una sonrisa eterna, divertido, ingenioso y siempre con un talante pacificador, aquel “intruso” que se había colado en su viaje se convirtió desde el primer día en el alma de la fiesta y en su principal compañía. La atracción fue mutua, y tras aquellos siete días en los que tuvieron tiempo para contarse sus vidas y conocerse en profundidad, regresaron a Gran Canaria convencidos de que aquello sería mucho más que una aventura estival.

Trece años después no sólo seguía sintiendo por él aquella atracción arrolladora, sino que además habían forjado un vínculo en el que la complicidad, la comunicación franca y abierta, las risas, el respeto, un sexo maravilloso, la confianza y un amor profundo, hacían que los dos siguieran sintiendo que nada podría separarles jamás. El único defecto que encontraba en él, su dificultad para aceptar las críticas y su tendencia a sentirse atacado y ponerse a la defensiva, no eclipsaba ni un ápice todo lo demás. Le conocía bien, sabía que aquello era fruto de algunos bloqueos que le impedían conectar con sus emociones dolorosas, y con los años había aprendido a manejar la situación cada vez que él se perdía en su “ceguera egoica”, como ella solía decir bromeando. *La verdad es que cada vez le ocurre menos*, pensó mientras seguía disfrutando observándoles.

Ella nunca olvidaría cómo la cuidó cuando falleció su abuela, dos años después de nacer

Romeo. Pasó los seis meses siguientes arrastrando los pies por la casa con el alma rota, sin salir a la calle y sin ni siquiera asomarse a una ventana para ver la luz. Javier en ningún momento la apremió para que se animara, ni siquiera para que volviera a coger a Romeo en brazos. Se limitó a estar allí para ella, dándole lo único que necesitaba: Tiempo, espacio, y amor, mucho amor. Ella ya sabía por aquel entonces que podía contar con él para lo que fuera, pero aquello hizo que conociera profundamente al chico con el que había decidido pasar el resto de su vida. El respeto y la comprensión absolutos que le había mostrado durante aquellos largos meses en los que se hizo cargo de la casa, de Romeo y de ella además de su propio trabajo sin una sola queja, grabaron a fuego en su alma la convicción de que era la mujer más afortunada del mundo por haberle conocido.

Recordó también aquella ocasión en la que por primera y última vez, le había visto sacar al león que llevaba dentro. Fue a los tres años de relación, justo un año antes de nacer Romeo. Hasta entonces, la imagen que tenía de él era la de un chico tierno y apacible que siempre hacía lo necesario para que reinara la paz, incluso en las situaciones más complicadas. Una noche regresaban a casa al salir del cine, y de pronto se toparon con un grupo de chicos que importunaban de forma insistente a una chica que iba sola. Entre sollozos intentaba infructuosamente zafarse de ellos cuando

comenzaron a sobarla, y sin darles tiempo a reaccionar Javier saltó sobre ellos con una agilidad felina y en cuestión de segundos, los tres estaban K.O en el suelo. A Elena le encantó ver que en aquel osito amoroso al que ya amaba perdidamente, latía también el corazón de una bestia que podría matar con sus propias manos para protegerla a ella, o a cualquiera que lo necesitara. Le enterneció que aquella misma noche nada más llegar a casa rompiera a llorar en sus brazos, asustado e incapaz de aceptar que aquella agresividad convivía con él en su interior.

\_¡Mamá, ven al aguaaaa!\_, Romeo la sacó de su ensimismamiento haciendo aspavientos con sus brazos.

\_¡Voooooy!\_, se puso en pie de un salto, sin poder dejar de sonreír.

Varias horas después, cargados de energía tras haber pasado un día fantástico en la playa, se preparaban para salir a cenar. Habían quedado con los padres de Javier, que estaban deseando volver a ver a Romeo, su único nieto. Elena mantenía con ellos una relación respetuosa, pero no eran los suegros que habría deseado. Católicos hasta la médula, les había costado mucho aceptar en su día que su hijo no se casara por la iglesia. Hizo falta que pasaran algunos años hasta que finalmente comprendieron que ella no claudicaría bajo ningún concepto, pero eso no evitó que en ocasiones, cuando menos lo esperaba, le soltaran alguna indirecta -con resentimiento incluido-.

Tuvieron que atravesar el mismo proceso años después con el tema del bautizo de Romeo, y Elena sabía que en breve ocurriría igual con la comunión. Siempre tuvo claro que se había emparejado con Javier y no con ellos, y les daba a aquellos comentarios puntuales la importancia justa. Aplicando sus conocimientos de psicología y conducta humanas había sido capaz de sortear las curvas cada vez que aparecían y no era algo que le quitara el sueño, aunque no dejaba de ser molesto ir a una reunión familiar sin saber cómo estarían los ánimos en esa ocasión.

*Imagino que hoy estarán tranquilos, después de dos meses y pico sin vernos no creo que les apetezca sacar el tema de la comunión, se decía mientras se daba una ducha. Bueno, si lo hacen yo actuaré como siempre, tranquila y sonriente, y con respuestas lo más escuetas posible. Además, también tengo el apoyo de Javier...*

Para él no había sido un problema no casarse, igual que tampoco lo habría sido el hacerlo, y aunque quería mucho a sus padres y estaba muy unido a ellos, nunca había dudado de que con respecto a aquel asunto, al igual que con el bautizo y la comunión, Elena tendría la última palabra. Cada vez que salía el tema él hacía gala de su don natural para relajar los ánimos y siempre conseguía que tras dos o tres pullitas, la conversación acabara desviándose hacia temas más distendidos.

\_Cariño, ¿sabes dónde están mis vaqueros?\_, asomó de pronto la cabeza tras la cortina de la ducha.

\_¡Por Dios, qué susto me has dado!\_, se giró bruscamente con las manos aún sobre su pelo, haciendo que sus pechos mojados apuntaran directamente hacia él\_. Ya sabes que no me gusta que...

\_Lo sé amor, perdóname\_, suavizó la voz a la vez que se metía en la ducha y comenzaba a darle pequeños besos en el cuello.

\_¿Qué haces, cariño?\_, Elena reía ante la intrusión inesperada.

\_No puede ser que mi chica se lleve un susto así y yo no haga nada para remediarlo...  
\_Cielo, espera...Romeo...  
\_Shhhh, le he llevado a casa de su amiguito del quinto...\_, le susurró despacio al oído, sabiendo cuánto la excitaba aquello\_. En un rato iré a recogerle...\_, musitó de nuevo mientras seguía besándola.  
\_¿Te has asegurado de que llevaba la mascari...?  
\_Shhhh\_, todo está bajo control\_, dijo pegando su cuerpo al de ella.  
\_Ay...\_, acabó rindiéndose, echando su cabeza hacia atrás y apretando con fuerza sus bíceps mientras él comenzaba a penetrarla como a ella le gustaba. Lento, muy lento, sin dejar de besar su cuello.

Dos horas después, se encontraban sentados a la mesa del comedor de los padres de Javier. María, de setenta y pocos, era la típica esposa y madre que con orgullo y verdadera vocación, había centrado su vida en atender y cuidar a su familia. Alta y delgada, desprendía un halo de elegancia natural que hacía que con un vestido y un simple pañuelo, pareciera que se había preparado para una ocasión especial. Su trato era siempre afable y cortés, incluso en aquellas ocasiones en las que se lanzaba a abordar los temas más espinosos. Elena nunca la había visto elevar la voz ni mostrar un ápice de enfado, aunque sabía bien que tras aquella apariencia comedida y refinada, bullían importantes dosis de ira reprimida que en ocasiones se escapaban a través de un mohín, un casi imperceptible gesto despectivo con la mano, o un ligero arqueamiento en su ceja izquierda.

Con los años había aprendido a manejarla, y mientras prestara atención a sus explicaciones con todo lujo de detalle sobre la última receta que había elaborado, el brunch diario con sus amigas en el Club Náutico o los chismes del “Sálvame” de la semana, todo fluiría con placidez. La respetaba porque era la madre de Javier y él la adoraba, pero aparte de eso y de que era muy cariñosa con Romeo, la frialdad que solía percibir en su forma de mirarla no le había permitido establecer un vínculo emocional genuino con ella.

Luis era harina de otro costal. También de setenta y pocos, alto, fornido y empresario de éxito jubilado, no tenía pelos en la lengua para expresar su opinión sobre cualquier cuestión, sin pararse a pensar en cómo sus palabras y sus formas, a veces bruscas, afectaban a los demás. Aunque tampoco era la clase de persona a la que escogería para formar parte de su vida, el trato con él le resultaba más fácil que con María. Siempre había preferido a la gente que viene de cara, con las que sabes a qué atenerte, y a pesar de sus diferencias con respecto a las cuestiones religiosas, sí sentía un respeto sincero por él, y sabía que el sentimiento era recíproco. Curiosamente, hacía años que no secundaba a María cada vez que ella lanzaba alguna de sus indirectas, y Elena intuía que era debido a ese respeto que se profesaban.

Javier también mantenía una buena relación con él, y ella había pensado en más de una ocasión que así fue como había aprendido desde niño a evitar los conflictos y buscar siempre una salida divertida y ante todo pacífica a las situaciones complicadas: Eso era más fácil que afrontar su temor a enfrentarse abiertamente a su padre.

\_Bueno, ¿y qué me cuenta mi hombrecito? ¿Cómo has pasado estos meses sin poder jugar al fútbol?\_, le preguntó de pronto a Romeo, con el que tenía una relación de adoración mutua.

\_Abuelo, que ya te lo dije muchas veces cuando hablábamos por el zoom... ¡Sú-per abu-rrri-do!\_, enfatizó las palabras, provocando una sonora carcajada en todos ellos.

\_Bueno, gracias a Dios parece que todo eso ya va a cambiar por fin...\_, María le acarició el pelo cuando se acercó para servirle algunas croquetas más, su plato favorito\_. Mientras sigamos dando negativo en la PCR, podremos seguir reuniéndonos\_, añadió a la vez que se frotaba las manos con el gel hidroalcohólico.

\_Pero si todos hemos dado negativo, ¿por qué vosotros dos os habéis sentado en una mesa aparte, abuela?

\_Cariño, ya te lo hemos explicado\_, Elena le sonrió\_. Las personas mayores son más vulnerables y tienen más probabilidades de contagiarse...

\_Y tú no quieres que los abuelos enfermen, ¿verdad?\_, medió Javier.

\_Pero es que no lo entiendo\_, insistió\_. Si somos negativos, ¿cómo se pueden contagiar?

\_Yo prefiero prevenir que curar, hijo\_, intervino Luis\_. Esta enfermedad es nueva y no sabemos realmente cómo puede actuar el virus...

\_Ah, ahora entiendo por qué no me habéis dado el abrazo de siempre al llegar...\_, asentía repetidamente.

\_Eso es, cariño\_, María le sonrió.

\_¡Por cierto abuela, están de rechupete!\_, exclamó de pronto mirando a su plato\_. ¡Eres la súper nena de las croquetas!\_, se relamió los dedos con avidez, volviendo a provocar las risas sin percatarse de la alegría que infundía a su alrededor.

\_Oye, ¿habéis oído lo que han dicho en las noticias?\_, preguntó Javier\_. Están saliendo nuevos brotes en varias ciudades, incluida ésta...

\_La verdad es que creo que esto va a ir para largo\_, Luis negó con la cabeza cerrando los ojos.

\_Es muy triste todo\_, María movía la cabeza también\_. Y todos esos pobres ancianos que murieron en las residencias, aquello fue horrible.

\_Sí, tengo varios pacientes que perdieron a sus padres en aquellas circunstancias, y les está costando mucho asimilarlo\_, intervino Elena\_. Ni siquiera poder despedirse...es muy duro\_, suspiró mientras se servía un poco de puré.

\_Bueno, vamos a pensar en positivo y a confiar en que todo volverá poco a poco a la normalidad\_, dijo Javier alzando su copa\_. ¡Tenemos que celebrar que por fin podemos estar juntos, eso es lo importante!

\_Tienes razón, hijo\_, María se levantó para chocar la copa con la suya\_. En estos momentos eso es lo que más necesitamos, confiar en que el gobierno encontrará la manera de revertir la situación.

\_No sé yo...\_, Luis seguía negando con la cabeza\_. Sólo en España ya casi llegamos a los treinta mil muertos...

\_Sí, pero ya se está hablando de la primera vacuna, ¿no?...\_, comentó Elena tras dar un pequeño sorbo a su cerveza.

\_Sí, están trabajando a pasos agigantados\_, respondió\_. Leí ayer mismo que algunas farmacéuticas esperan tenerla lista dentro de unos meses.

\_¡Ojalá! Por cierto, ¿sabéis ya cuándo vendrá Álvaro? Me dijiste que por fin os pudo llamar, ¿no?

\_Sí, Gracias a Dios!\_, María se santiguó mirando hacia el techo\_. Dentro de dos semanas tendremos a nuestro hijo de vuelta por fin.

Álvaro, un año menor que Javier, llevaba más de nueve meses en Haití. Trabajaba desde hacía años en una ONG de ayuda a la infancia y viajaba por todo el mundo, elaborando y coordinando distintos proyectos socio-educativos. Pasaba seis meses fuera, regresaba un par de semanas a casa, y

volvía a irse al destino que le fuera asignado. La pandemia había estallado justo una semana antes de su vuelta prevista para marzo, y pasó el confinamiento atrapado en los esquilados bosques haitianos.

Elena estaba deseando verle. Disfrutaba mucho escuchando las anécdotas de sus viajes, sus experiencias exóticas y rocambolescas, y sobre todo, le encantaba su capacidad de convertir una situación inicialmente dramática en una oportunidad para el aprendizaje y el crecimiento personal. Tenía una visión de la vida y del sentido de la existencia muy similar al suyo, y cuando se veían podían pasar horas charlando sobre temas relacionados con la reencarnación, el plan del alma, o la física cuántica.

En ese sentido Javier era muy diferente. Su vida entera giraba en torno al lema “carpe diem”, sin pararse a profundizar mucho más en las cosas. “La vida es como una naranja y hay que sacarle el máximo jugo”, era una de sus frases favoritas. Y vaya que si lo hacía. Practicaba escalada, submarinismo, eventualmente saltaba en paracaídas, y un par de veces al año se escapaba a la península para hacer rafting extremo y esquiar. A Elena le encantaba esa faceta aventurera de su chico, y tenía cubierta su necesidad de compartir sus inquietudes filosóficas y espirituales con el grupo de amigos que había conservado desde la universidad y con Álvaro, así que el hecho de que Javier se limitara a escucharla y a hacerle alguna pregunta puntual cada vez que ella comentaba algo al respecto, no le suponía ningún problema.

\_Ya estoy deseando darle un buen abrazo a mi hermanito, esta vez sí que tendrá cosas interesantes que contarnos.

\_Seguro que sí\_, María soltó un suspiro\_. Oye cariño, ¿dónde leíste lo de la vacuna? Esa sí que es una buenísima noticia\_, se dirigió ahora a Luis.

\_Pues no me acuerdo en qué periódico fue, pero el artículo decía que esperan tenerla lista como muy tarde para diciembre, y que las primeras en llegar a España serán Pfizer, BioNTech y Moderna.

\_Menudo mérito tienen, están haciendo un esfuerzo sobrehumano para ayudar a la Humanidad a salir de esta desgracia\_, volvió a suspirar.

\_Pues sí\_, Javier y Elena asintieron a la vez.

